

Sr. Presidente de la República y general en jefe del ejército.”

Presentóse Comonfort en aquella ocasion á los ojos de su pais y del mundo entero, digno de su fama de bueno y de valeroso. Lejos de provocar la lucha, hizo noblemente cuanto estuvo en su mano por evitarla, y despues que sus esfuerzos fracasaron, la aceptó sin miedo. Lo vieron los habitantes de la ciudad, y de ello pueden dar testimonio hasta sus enemigos. El mismo dia que tan tristemente se acabaron las conferencias, estuvo en Palacio D. Hilario Elguero, uno de los que habian sido comisionados por parte de las fuerzas pronunciadas para tratar de la paz. Elguero se mostró apesadumbrado de que sus esfuerzos no hubieran sido eficaces para evitar un conflicto; y con este motivo rodó la conversacion sobre los asuntos de aquellos dias, que tan fatalmente se habian complicado, hasta convertir á la ciudad en un campo de batalla. Comonfort se quejó de aquellos militares, que despues de haberle prometido sostener su política de conciliacion, de progreso y de tolerancia, se le habian rebelado, habian hecho causa comun con sus enemigos, y habian proclamado la dominacion esclusiva de un solo bando; que despues de haber faltado á su palabra, de haberle conducido engañosamente al trance en que se veía, y de haberse burlado de su sinceridad y de su candor, todavía le ofendian achacándole faltas de cumplimiento á las promesas del plan de Tacubaya; y que no contentos con haber observado esta conducta indigna, se negaban desapiadadamente á todas

las propuestas humanitarias que les habia hecho para librar á los habitantes de la capital de los horrores de aquella guerra. Elguero oyó estos desahogos, espresados con acento tranquilo, pero con la amargura de un hombre que siente su buena fé menospreciada y vendida; y dijo estas palabras:—“Tiene Vd. razon, Sr. Presidente; y se lo digo á Vd. no por lisonja ni por cortesía, sino porque “conozco en conciencia que tiene Vd. razon.”* No se la podia negar ningun hombre honrado; y sus adversarios políticos no habrian perdido nada con atacarle noblemente, sin apelar á la difamacion y á la calumnia.

Durante el armisticio, los pronunciados reforzaron sus líneas con obras de mucha consideracion, contra lo espresamente estipulado en él. Levantaron parapetos en las calles de la Aduana, Arco de San Agustin, Encarnacion y otros puntos; y donde quiera que lo tuvieron por conveniente, practicaron horadaciones, formaron trincheras y emprendieron otros trabajos, sin que bastáran á impedirlo las reclamaciones que incesantemente se les hicieron por parte del gobierno para que observáran lo pactado. Con tan poco respeto lo infringian, que habiendo reclamado el general Portilla al gefe pronunciado de Santo Domingo por las horadaciones que se estaban haciendo en las calles de Medinas y de la Encarnacion, contestó el coronel D. Pedro Valdés, que el ruido era causado por el trabajo emprendido “para taparlas, y no para abrirlas.”

* D. Hilario Elguero fué despues ministro de gobernacion bajo el gobierno del general Zuloaga.

De esta manera, al concluirse las cuarenta y ocho horas, los pronunciados habian conseguido grandes ventajas y mejorado notablemente sus posiciones, mientras que las del gobierno permanecian en el mismo estado, porque por su parte se habia observado religiosamente el armisticio.

Apenas terminó este á las siete de la tarde del 18, cuando de nuevo se rompieron las hostilidades. Continuaron estas el 19, sosteniendose el fuego casi en todas las lineas, hasta muy avanzada la noche; pero ninguna variacion ocurrió en las posiciones de las fuerzas contendientes, y solo se hizo notar aquel dia por haber sido mayor que en los anteriores, el número de las tropas del gobierno que se pasaron á los pronunciados. Estas defecciones habian sido frecuentes desde el dia 15, porque los enemigos de Comonfort poseian inmensos recursos para seducirle sus soldados; y aun se dijo que por esta razon se habian negado á desocupar la ciudad para batirse en campo abierto, donde no les habria sido tan facil ejercer la seduccion que les aseguraba la victoria.

Apesar de esto, al amanecer el dia 20, Comonfort tenia á sus órdenes mas de cinco mil hombres de todas armas, una linea de defensa bien pertrechada y guarnecida, y elementos con que poder confiar en el éxito del combate.

Un silencio aterrador reinaba en la ciudad la mañana del 20 de Enero, y los habitantes parecian presentir que

aquel habia de ser un dia terrible. Los pronunciados habian ocupado en la noche algunos puntos avanzados hácia la Acordada y el Hospicio, establecian baterias en el Paseo Nuevo y en la Ciudadela, y formaban dos columnas de ataque, como si tratáran de hacer una gran tentativa sobre los puntos ocupados por el gobierno. A las once tronó el cañon de la Ciudadela, disparando sobre el Hospicio y la Acordada; siguió la bateria del Paseo; y un instante despues la ciudad estaba envuelta en una inmensa nube de humo, bajo la cual brillaban como un relámpago continuo, y estallaban como un continuado trueno, los disparos de la artillería y fusilería. Los pronunciados atacaban la Acordada y el Hospicio desde la Ciudadela, el Paseo, y San Diego; á San Francisco desde una trinchera de la calle de San Juan, desde San José, Colegio de las Hermanas de la Caridad y la Concepcion; y el Palacio desde Santo Domingo y San Agustin. Las tropas del gobierno contestaban ardentemente á los ataques de sus enemigos; de manera que los fuegos se cruzaban en todas direcciones, y los proyectiles silvaban por todas partes.

El principal obgeto de aquel general alarde era tomar la Acordada y el Hospicio. Dos fuertes columnas organizadas en la Ciudadela, se dirigieron sobre aquellos dos puntos: sus defensores se resistieron valerosamente, distinguiendose entre ellos el jóven comandante de artillería D. Manuel Balbontin: pero á pesar de esto, á poco andar, las dos columnas se metieron bajo sus fuegos: las mandaban

Osollo y Miramon. Al mismo tiempo, Comonfort hacía salir de Palacio en socorro de los suyos que habían pedido auxilio, una columna de 400 hombres con una pieza de artillería, á las órdenes del general Rangel. Avanzó este bizarramente hasta la Alameda, pero ya era tarde: los enemigos eran ya dueños del Hospicio y la Acordada, se habían apoderado de los cañones que allí había, y coronaban las alturas de los dos edificios. Desde ellos y desde el convento de San Diego rompieron un fuego vivísimo sobre la columna de Rangel, en cuanto esta desembocó por la calle del Puente de San Francisco: el bravo general se sostuvo largo rato, pero al fin desordenados los suyos por el vigoroso ataque de un número infinitamente mayor de enemigos, tuvo que retroceder con unos doscientos hombres; los demás habían quedado en el campo, se habían dispersado, ó se habían pasado á las filas rebeldes.

Comonfort, que velaba desde el Palacio sobre todas las operaciones, y estaba atento á todos los incidentes de la batalla, conoció el peligro en que se hallaban su gente y su línea de San Francisco, y voló allá para acompañar á los suyos en la lucha, y animarlos con su voz y con su ejemplo. Llegó en el instante mismo en que Rangel volvía de la Alameda con su columna destrozada: metió aquellos soldados en el atrio de San Francisco, reanimó su espíritu desmayado, dictó varias disposiciones para continuar la defensa, é infundió en todos la resolución y la confianza que son los fundamentos de la victoria. Los

vecinos de las calles de San Francisco, de Santa Isabel y de San Juan de Letran, le vieron recorrer aquellos puntos bajo una lluvia de balas y granadas que inundaban el aire y rebentaban á sus pies, firme y sereno en medio de aquella escena de desolación; y muchos que no le querían bien por ser adversarios de su política, fueron después por la ciudad publicando sus virtudes de soldado, cautivados por el arrojo de que había dado muestra en aquella jornada terrible.

Recibió allí Comonfort tristes noticias: sus enemigos no solo habían tomado el Hospicio y la Acordada, sino también los puntos de San Juan de Dios y la Santa Veracruz: la mayor parte de sus soldados estaban prisioneros, ó se habían pasado al otro campo: las defecciones de la tropa permanente continuaban con una rapidez aterradora, y por sus filas fatigadas cundían como un contagio la desconfianza y el desaliento.

Estaba recibiendo estas nuevas desconsoladoras, cuando se presentó en San Francisco el general García Conde, y le dijo que era necesaria su presencia en la Plaza para contener la desmoralización que se notaba ya en las tropas. Entonces encargó al general Trias, jefe de la línea de San Francisco, que se sostuviera allí hasta donde fuera posible, y que en último caso se replegara al centro; dispuso que se estrechara la línea de defensa para dejarla cerrada aunque se perdiera el punto de San Francisco; y mientras que Rangel se ocupaba en levantar parapetos

con este fin en las calles del Coliseo Viejo, la Profesa y Santa Clara, él visitó sus posiciones para restablecer la moral en las fuerzas que las defendían.

Pasó en esta operación mucho tiempo, y eran ya más de las ocho de la noche cuando llegó al Palacio. Inmediatamente mandó un refuerzo á San Francisco, pero un ayudante que le condujo, volvió á decir que el convento estaba completamente abandonado. Corrió allá para cerciorarse por sus propios ojos de aquel inesperado acontecimiento, y vió que era verdad: en San Francisco no había más que armas y pertrechos de guerra tirados por el suelo. Hizo que se recogiera el armamento, y que se llevarán á la Plaza las municiones; visitó en seguida las trincheras de Santa Isabel y los Rebeldes, donde encontró todavía setenta hombres; dejó una guarnición en San Francisco, y regresó á Palacio.

Eran las nueve de la noche. A esta hora corrió por todas las líneas la voz de que todo estaba perdido; y poco después todas las posiciones estaban abandonadas. A las tres de la mañana, el General Comonfort, absolutamente solo, salió á recorrerlas en medio de la oscuridad en que estaba envuelta la población: todo estaba desierto; no encontró más que unos cuantos soldados con el general Díaz, y á los rifleros de Lamparos con el diputado Blanco; y mandó que se retiráran á la Plaza.

Dijose entonces que la voz de alarma había sido dada

por el general Trias. Él lo ha negado, (*) aunque ha dicho que antes de salirse de la ciudad en la noche del 20 de Enero, manifestó reservadamente á sus amigos que estaban en el punto de la Santísima, su convicción de que la defensa no podía prolongarse por muchas horas, á causa del estado en que se hallaban las pocas tropas que aun quedaban fieles. Tal vez estas palabras difundieron el desaliento por aquellos puntos, no obstante la reserva con que fueron dichas, y aunque no fuera esta la intención de que iban acompañadas. De todos modos, si con ellas contribuyó el general Trias á apresurar el desenlace de aquellos acontecimientos, bien se puede asegurar que no lo hizo por falta de valor: aque día se había batido con denuedo al lado del Presidente, y en la noche había permanecido solo con sus ayudantes en San Francisco, hasta poco antes que llegara el refuerzo que encontró el convento abandonado. Por lo demás, la defección de aquel día fué indudablemente el resultado de causas más poderosas: la situación estaba minada por los agentes de la reacción: la fidelidad de las tropas cedió á tentaciones que en aquellos momentos fueron irresistibles; y el periodo de Comonfort era concluido desde el instante en que desconfiando sus parciales de su bandera conciliadora, le dejaron solo delante de sus enemigos, que habían fingido abrigarse debajo de ella para desgarrarsela.

(*) En un folleto que publicó en Orizaba en Febrero de 1858, contestando á lo que sobre esto dijo el General Comonfort en su Manifiesto de Jalapa.

Entretanto, el general Rangel con sus ingenieros seguía trabajando con infatigable ardor en la construcción de las nuevas trincheras: Comonfort le mandó llamar; y cuando supo lo que había ocurrido, dijo con tono resuelto: "Nadie podía estar preparado para este desenlace; pero ordene V. señor general, lo que tenga por conveniente."

Comonfort tuvo la resolución de defenderse en Palacio á todo trance, y con este objeto mandó que su gente ocupara los balcones y azoteas del edificio. Pero aquella resolución era desesperada: de sus cinco mil hombres apenas le habían quedado quinientos; y la defensa era tan imposible como inútil. Así se lo manifestaron los generales Rangel y Pardo, no obstante que ambos estaban dispuestos á sacrificarse con él, rogándole que abandonara un sitio donde era estéril ya toda resistencia.

Comonfort cedió á sus ruegos, y á la consideración de no aumentar inútilmente el número de las víctimas; pero protestó que no saldría de la ciudad ni del Palacio, mientras que el jefe enemigo que estuviera más próximo, no tuviera conocimiento de su salida, porque no quería que esta se interpretara como una fuga.

Eran las siete de la mañana. Rangel pasó á conferenciar con el general Parra, que era el jefe enemigo más inmediato; y entretanto Comonfort, acompañado de sus ayudantes, salió á situarse en la Plaza, á veinte y cinco

pasos de la puerta principal del Palacio, donde esperó el resultado de la conferencia.

A las siete y media apareció por la esquina de la calle de Flamencos una columna que avanzaba con dirección á la Plaza. Comonfort hizo abocar contra ella dos cañones, y mandó advertir al jefe que la mandaba, que la plaza estaba en conferencias, y que debía aguardar su resultado. La columna se detuvo, y Comonfort siguió guardando la misma actitud.

Entonces entró en la Plaza dando gritos, una gran multitud de gente del pueblo; pero en cuanto vió al Presidente, se contuvo, y se paró á contemplar con respeto la extraña escena que se ofrecía á sus ojos. Comonfort, vencido, estaba solo allí delante de sus enemigos victoriosos; y el buen sentido popular le vió tan grande en aquella ocasión como en los días de su poder y de su fortuna.

Volvió Rangel de la conferencia, y dijo que podía el Presidente tomar la escolta que gustara para retirarse. Entonces Comonfort se despidió de los generales Rangel y Pardo y del coronel Zamora; y acompañado de sus ayudantes, de los generales García Conde, Alcerreca, Charero y Diaz; de otros jefes y oficiales subalternos, y de varios amigos particulares, salió de la Plaza de Méjico, al mismo tiempo que entraban en ella las columnas enemigas, y que la inundaba el pueblo para presenciar aquel nuevo

cambio de escena en el drama revolucionario de la República. Eran las ocho de la mañana del 21 de Enero.

Comonfort salió de la ciudad, sin que una sola voz se alzara en su presencia para denostarle en su caída: el pueblo imparcial ó indiferente, no podía ser injusto, y vió con el mas profundo respeto aquel infortunio, ennoblecido primero con tantos rasgos de valor, y soportado despues con tanta grandeza de alma.

En la Santísima encontró el General al coronel Vazquez con cien carabineros de Toluca, y en la garita de San Lazaro al general Portilla con una brigada de caballería. Empezó con ellos la marcha, mas á poco andar, el coronel Valero dió el grito de *viva la religion*, y se volvió á escape á la ciudad con el 5º de caballería y lanceros de Oajaca.

A pesar de esto, encontró reunidos en Ayutla 500 hombres de todas armas, con dos piezas de artillería y un carro de municiones. Con ellos continuó lentamente su marcha, camino de Veracruz, no sin tropezar con grandes dificultades para mantenerlos, aunque las venció su generoso empeño, girando á cargo de sus amigos de Méjico, Puebla y Veracruz, las cantidades que para ello hubo menester.

En Perote puso aquellas fuerzas á disposicion de las autoridades del Estado de Veracruz. En Jalapa dió con

fecha 2 de Febrero un Manifiesto, relatando las ocurrencias que precedieron á su caída, y anunciando su resolucion de espatriarse. En él se encuentran estas palabras, que revelan de nuevo en el gobernante caido los mismos generosos sentimientos que hemos encontrado en el dictador victorioso: "Veo, dice, con profundo pesar los estragos de la guerra civil, porque debilitada la República con la lucha de tantos años, la necesidad de la paz se hace cada dia mas imperiosa: á su restablecimiento podrian contribuir los hombres de buena fé de todos los partidos, deponiendo sus resentimientos; y en esta conviccion me ha confirmado la esperiencia adquirida en los dificiles dias de mi administracion. Se dirá que esto es impracticable, y quizá en estos momentos imposible; pero son los deseos de un hombre de corazon, que solo aspira al bien de su patria."

Así hablaba Comonfort de los partidos, al mismo tiempo que el triunfante en la capital le prodigaba los insultos mas atroces.

El presidente de la Suprema Corte de justicia habia establecido su gobierno en Guanajuato desde el 19 de Enero, y habia sido reconocido como centro de union por los Estados; pero las fuerzas de la coalicion no se habian movido para auxiliar á Comonfort en su lucha con los reaccionarios de la capital; le habian dejado solo, y habian contemplado impasibles su derrota. En estos dos hechos se fundó su resolucion de espatriarse, y ellos tes-

tifican que fué una resolucion prudente y acertada, al mismo tiempo que patriótica.

Durante su permanencia en Veracruz, que fué de tres ó cuatro dias, el gobernador del Estado D. Manuel Gutierrez Zamora, y el general D. Ignacio de la Llave, le hicieron vivas instancias para que se quedára; pero él insistió firmemente en su propósito, y les dió razones que si no los dejaron convencidos, les hicieron ver que era inútil el empeño de disuadirle, supuesto que se trataba de un paso que le aconsejaba su conciencia. Nadie mejor que él podia explicar estas razones, y lo ha hecho con franqueza y con sinceridad en el siguiente pasage de su manifiesto de Nueva York:

“ Mi permanencia en la República por entonces, no
 “ podia serle de ningun provecho, por mas que parecia
 “ extraño á primera vista este concepto á los que saben
 “ que en aquellos momentos corria la libertad los mayo-
 “ res peligros, y era precisamente cuando mas necesitaba
 “ el auxilio de todos sus partidarios. Es verdad que po-
 “ dia yo seguir combatiendo á la reaccion entronizada en
 “ la capital, porque algo valia mi nombre aun entre los
 “ hombres del partido liberal despreocupados y justos;
 “ pero ni podia yo obrar de acuerdo con la coalicion, ni
 “ era fácil que ella aceptára de buena voluntad mis ser-
 “ vicios, ni era decoroso que yo obrára separado de ella y
 “ en mi propio nombre. No era posible lo primero, por-
 “ que aunque el gobierno de Guanajuato era el gobierno

“ constitucional, y aunque yo respetára la patriótica in-
 “ tencion de los que le sostenian, mal podia prestar mi
 “ apoyo á un orden de cosas que me habia parecido in-
 “ sostenible pocos dias antes. No era fácil lo segundo,
 “ porque en la coalicion prevalecian hombres, principios
 “ y tendencias que me eran marcadamente hostiles: los
 “ coligados habian sido durante doce dias, simples espec-
 “ tadores de mi lucha en la capital con la reaccion, y no
 “ habian tenido por conveniente auxiliarme en aquella
 “ lucha desesperada; clara señal de que yo, representan-
 “ te de la libertad templada, de la reforma prudente y de
 “ la tolerancia política, no podia ofrecerles por entonces
 “ servicios que les fueran aceptables. No era decoroso lo
 “ tercero, porque aunque yo no tuviera fé en la Consti-
 “ tucion, ni entera conformidad de ideas con los hombres
 “ que la defendian, no podia menos de reconocer que
 “ aquel gobierno era el gobierno legal, y reconociendo es-
 “ to, no podia sin desdoro levantar bandera y mandar
 “ gente armada por mi cuenta propia, aunque lo hiciera
 “ con el carácter de Presidente, y aunque fuera contra un
 “ enemigo comun. Yo no queria manchar mi nombre,
 “ defendiendo por bueno lo que me habia parecido insos-
 “ tenible al aceptar el plan de Tacubaya; no debia hacer
 “ un sacrificio estéril, esponiendome á un desaire que ha-
 “ bria caido mas bien sobre mis principios que sobre mi
 “ persona; no debia enfin dar á mi patria el escándalo de
 “ verme convertido en un faccioso; y alguna de estas tres
 “ cosas tenia que suceder precisamente, si me quedaba
 “ en el pais despues del desenlace que habian tenido los

“acontecimientos de la capital. Mi presencia en él no
 “habría servido más que para aumentar los elementos de
 “anarquía que á toda prisa se desarrollaban, y yo no po-
 “día contar con fuerzas bastantes para estirparlos.

“Por estas razones, y por otras muchas que de ellas se
 “desprenden, después de haberlo meditado bien, y des-
 “pués de una penosa lucha con mis sentimientos de ami-
 “go, de patriota y de soldado, tomé la dolorosa resolu-
 “ción de espatriarme; y lo verifiqué con la convicción de
 “que era este el único sacrificio que podía hacer en
 “aquellos momentos por mi desgraciada patria.”

El sacrificio era doloroso. Comonfort pertenece á esa clase de hombres que concentran todos sus afectos en la patria, en la familia y en los amigos; y al abandonar todo esto, su corazón se comprimó. Aquel hombre que parecía de hierro; que había arrostrado con impavidez tantos peligros, que había sufrido con serenidad tantos trabajos, que nunca se había dejado abatir por los contratiempos ni por las persecuciones de que había sido víctima, derramó lágrimas al despedirse de su tierra natal y de los amigos que dejaba en ella.

Comonfort se embarcó en Veracruz el 7 de Febrero, y pasó á los Estados Unidos, donde fijó su residencia por entonces.

CAPITULO DOCE.

Circunstancias personales de Comonfort.—Influjo de ellas en su conducta pública.—Sencillez de sus costumbres.—Popularidad que alcanzó.—Hechos que la demostraron.—Sus cualidades y sus defectos.—Carácter de sus reformas.—Carácter de las resistencias.—La revolución de nuestro siglo.—Sistema de resistencia absoluta.—Necesidad de la reforma.—Lucha de Comonfort con la reacción.—Crimen atroz cometido por el fanatismo.—Fortuna y desgracia de Comonfort.—Injusticia con que fué tratado.—Sus errores.—Su despreocupación.—Sus principios y su pensamiento de gobierno.—Conclusion.

Hemos terminado la relación que nos propusimos hacer: pero nuestra tarea quedaria incompleta, si no redujeramos á breve espacio las observaciones á que dan lugar los acontecimientos del periodo que hemos recorrido, porque esto es necesario para que se vea de un golpe el carácter de las reformas que entonces se emprendieron, y el de las resistencias que encontraron. Mas como todo lo que pasó en aquella época, recibió especialmente su carácter de los sentimientos y circunstancias personales